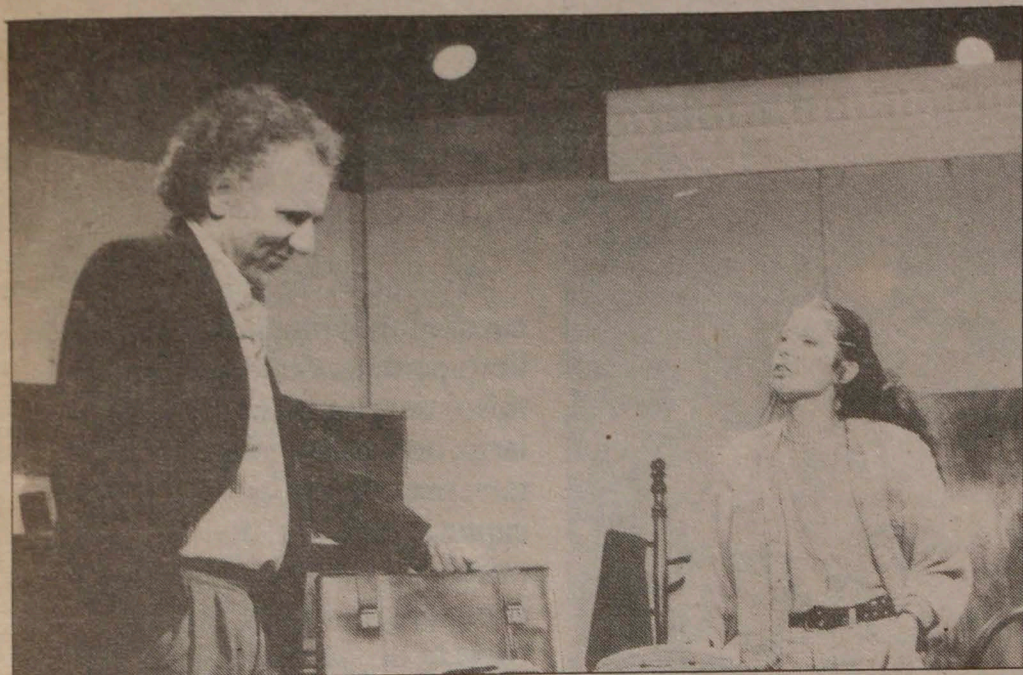


RACONTOS

SERGIO VODANOVIC



Reencuentro con el buen teatro

Se diría que estamos viviendo una explosión de inteligencia. Por doquier uno se entera de la existencia de una serie de objetos inteligentes: teléfonos, boletos de Metro, bancos y hasta edificios inteligentes.

En cambio, otras manifestaciones que tradicionalmente eran depositarias de la reflexión intelectual y se nos presentaban como paradigmas de la inteligencia humana, parecería que cada día están más tontas.

Es el caso del teatro.

Si lo que en los últimos años hemos visto en nuestros escenarios con la complacencia y el aplauso de la crítica especializada, fuera representativo del arte escénico que se exhibe a nivel mundial, querría decir que la herencia que recibimos del teatro griego, de Shakespeare y de Molière, y de autores más cercanos en el tiempo como Brecht y Anouilh, Miller y Giraudoux se agotó, para dar paso a un teatro en que el gesto domina a la palabra, la morbosidad se impone a la inteligencia y la desvergonzada exhibición de las partes pudendas de los actores y actrices ha reemplazado al arte de la interpretación teatral.

Un hecho singular nos ha devuelto, sin embargo, el alma al cuerpo. El provincianismo de nuestra gente de teatro nos había ocultado que todavía existe un teatro inteligente, donde las ideas y posiciones estallan en conflictos profundos y complejos, corporizados en personajes que permiten a un buen actor mostrar su arte histriónico. Este hecho singular es el estreno en Chile de *Oleana*, obra del autor norteamericano David Mamet, excelentemente interpretada por Nissim Sharim y Loreto Valenzuela.

Oleana es una obra de sólo dos personajes que no necesita ni una sofisticada escenografía ni juegos malabres de iluminación. En el escenario hay sólo dos seres humanos entabados en una sutil y despiadada guerra de poder. Paulatinamente, el espectador va descubriendo que en este drama no hay ni malos ni buenos, sino dos seres humanos empeñados en dominar el uno al otro. Y ya terminada la función, el espectador sigue captando nuevas implicaciones y facetas del

cruel juego que ha estado presenciando. Y se va a su casa pensando.

¿Cuánto tiempo hacía que no salíamos de una sala teatral pensando?

¿Cuánto tiempo hacía que no sentíamos el placer de ver una acabada interpretación como la que nos brinda Sharim? Y la pregunta que surge de inmediato es: ¿por qué Sharim nos había estado ocultando el excelente actor que es en sucesivas "creaciones colectivas", en la que lo único que nos mostraba eran diversas facetas de sí mismo?

No es de extrañar que *Oleana*, no obstante los méritos de su texto y de su puesta en escena, no haya tenido la misma afluencia de público que anteriores obras de Ictus en que se comentaba y representaba la coyuntura política y social de nuestro país. Hace tiempo ya que el público de teatro que disfrutaba con textos que los inquietaban intelectualmente o con interpretaciones actorales de calidad, habían abandonado nuestras salas teatrales, decepcionados por lo que se les ofrecía. Pero *Oleana* nos demuestra que ese público es reconquistable, que es posible romper las barreras de nuestro aislacionismo teatral trayendo al país las obras que aplauden los públicos de Nueva York, París o Londres.

Sin embargo, una tarea cultural como la que insinúa no puede recaer en grupos cuya supervivencia depende del resultado de la taquilla. Los teatros universitarios de los años cincuenta y sesenta nos tuvieron al día de lo mejor que se exhibía en los grandes centros teatrales del mundo. Pero lo hicieron con la ayuda económica que recibían de las universidades, cuando éstas no tenían que llevar el peso del autofinanciamiento. ¿No es ahora el momento para que el Estado ayude a una compañía de solvencia artística a que se dedique a mostrarnos las obras de calidad que se producen en el mundo?

La dramaturgia nacional que surgió en los años cincuenta fue el fruto del conocimiento de los grandes dramaturgos contemporáneos que tuvieron nuestros entonces jóvenes autores. ¿Cómo podemos pretender tener nuevos y talentosos autores si no tienen un ejemplo que emular?

Es de esperar que *Oleana* no sea una golondrina que no hace verano

TESTIMONIO

* OSCAR MONTEALEGRE ITURRA

El abogado Salazar

Conocí a Héctor cuando ambos éramos funcionarios de la CORA. En aquella época, el joven procurador compartía el trabajo con el estudio.

Como muchos hombres de buena voluntad, conmovido por los actos de barbarie que cometía el régimen militar, se integró desde su creación al Comité de Cooperación para la Paz en Chile (Copachi), organización humanitaria ecuménica creada para defender los derechos de los perseguidos. A fines de 1975, el Copachi fue disuelto por orden de Pinochet, pero fue reemplazado inmediatamente por la Vicaría de la Solidaridad. La valentía del cardenal Silva Henríquez permitió que, desde entonces hasta noviembre de 1992, existiera ese lugar de refugio para los oprimidos, voz de los sin voz y centro de la defensa del derecho a ser persona.

En los inicios de la Vicaría, Héctor se encargó de brindar apoyo jurídico a los campesinos despojados. Paralelamente, las presentaciones judiciales, las palabras de aliento o de consuelo para sus semejantes fueron su actividad cotidiana, interrumpida en 1978 para trasladarse a España a obtener el título de abogado.

De regreso, los recursos de amparo, la atención a las víctimas del terrorismo de Estado, fueron el pan de cada día. Desde la noble trinchera de la Vicaría, compartiendo el dolor y la esperanza con muchos héroes anónimos, Héctor continuó en su tarea:

El alcalde Eduardo Bajut contrató guardias, dirigió los comandos, proveyó de armas y camionetas. Los pobladores de Pudahuel recibieron balas, no subsidios. Pedro Marín Novoa, obrero del POJH, murió en la balacera del 11 de septiembre de 1983. La Vicaría intervino y Salazar participó en el caso: el alcalde y otros funcionarios fueron encargados reos como autores, cómplices y encubridores del asesinato.

Un tiroteo inmisericorde, proveniente de las fuerzas de Carabineros, se extendió por sobre las casas de La Victoria. Esa tarde del 4 de septiembre de 1984, el padre André Jarlan leía el Libro de los Salmos. Un balazo le perforó el cráneo. Salazar participó en la presentación de una querrela por homicidio: un funcionario de Carabineros resultó responsable del delito.

Ese mismo año asumió la representación del dirigente DC Mario Fernández López, asesinado el 18 de octubre como resultado de las torturas que le infligieron los agentes de la CNI de La Serena.

Durante el paro nacional del 2 de julio de 1986, una patrulla militar al mando del entonces teniente Fernández Dittus quemó vivos a Rodrigo Rojas Denevri y Carmen Gloria Quintana. Rodrigo falleció después de agonizar durante cuatro días a causa de las

horribles quemaduras. Carmen Gloria es el testimonio viviente de esa pesadilla. Salazar asistió legalmente el caso.

Su participación en el grupo de abogados que representó a los familiares de Parada, Guerrero y Nattino contribuyó al esclarecimiento de la verdad. La sentencia del ministro Juica conmovió a la opinión pública y dificultó las relaciones entre el gobierno y Carabineros.

Efectivamente, Héctor, después de todos estos antecedentes, eres un peligro para los torturadores, eres persona non grata para los funcionarios que, por acción o bajo su amparo, consentimiento u omisión, abusaron del poder estatal para violar los derechos de las personas y que aún deambulan por las calles o andan de vacaciones.

Creo que es bueno que sigas haciendo cosas tan impropias: defender a las víctimas y sus familiares, causar insomnio a los perpetradores, sacar del letargo a aquellos a que corresponde administrar justicia, intranquilizar a los funcionarios que no cumplen con el deber de respetar y proteger los derechos de las personas.

Así tendremos la posibilidad de sentir, como tú, que aún es posible curar las heridas del pasado, hacer justicia para perdonar y construir nuevas formas de convivencia. Es decir, mantener muy presentes los mismos ideales que la Vicaría supo encarnar en gran parte de la sociedad.

Héctor, cuando escribo estas líneas también pienso en todos los que defienden y promueven la causa de los derechos humanos. Por lo tanto, cuando te expreso mi solidaridad y apoyo, también va para ellos.

* Ex integrante de la Comisión Chilena de Derechos Humanos.



Corrupción

Mucho se está hablando sobre tráfico de influencias, cohecho, redes ilegales, etcétera, como si esto fuera la novedad de los tiempos. También durante el gobierno militar, y a lo largo de toda nuestra historia ha habido corrupción.

Las instituciones fiscalizadoras (Contraloría, Cámara de Diputados,

PALABRA DE

LECTOR

Tribunales, Consejo de Defensa) son, entonces, fundamentales para contener y encauzar las tendencias viciosas y proteger no sólo a la nación y a

los hombres buenos, sino a los que por ignorancia o compulsión patológica no pueden resistir la oportunidad que se les presenta. Pero también en los organismos de fiscalización se da una corrupción, parecida a aquella de que se acusa a dos ejecutivos de Codelco: la de impedir el control y ocultar información, encubriendo a gente culpable de crear empresas particulares con los bienes públicos.

Actualmente, la Contraloría General de la República desconoce el testimonio de varias personas e instituciones sobre las irregularidades que ocurrieron durante más de diez años en la educación superior, y emitió hace poco un informe al respecto, a pesar de todas las pruebas.

Si las instituciones fiscalizadoras y de control están en la posición de favorecer a ciertos grupos o intereses

en vez de la verdad y la probidad, habrá vía libre para la corrupción de éstos, mientras en otros casos se llevan a cabo minuciosas investigaciones, discriminación en la que al parecer influye decididamente el factor político.

Gerardo Rocha Vera
Presidente de la Corporación Santo Tomás